




CLUB DE OFICIALES

por Cristian Mauricio Rojas
Publicidad II

Las tarjetas de invitación ya habían sido entregadas a cada uno de los prestigiosos invitados, los manteles estaban relucientes, cada cosa en su lugar, nunca nadie había tocado las copas, nunca nadie había usado los asientos o vajilla, su virginidad intacta esperaba que el roce de su piel le tocara, le hiciera vibrar con inapacible lujuria y desesperado agite, esperaba que sus labios tocaran los suyos, y que le contagiasen el soplo de vida que había esperado desde hace ya 5 años.

No era secreto para nadie en la base, que María Carolina Hoyos, de exuberante belleza, con piernas largas como un flamenco, de rosados labios, carnosos y suaves como el más fino terciopelo, jamás había sido tocada, el capitán Martín, con su fuerte carácter llenaba el vacío en el corazón de Carolina, así, fácilmente apaciguaba sus noches de gran tristeza con pasión.

A paso lento la alfombra se llenó de lustrados zapatos negros que reflejaban el ardiente sol del medio día, de uniformes con insignias en forma de estrellas, también hermosamente lustradas que hacían pensar que habían sido cortadas del cielo con una mano divina para ser incrustadas en ellos, los eruditos en el arte de la defensa y el cumplimiento de leyes estaban dispuestos como en un campo de batalla, aunque varios de ellos no sabían siquiera por qué se encontraban en el lugar, tal vez por solicitud de los agasajados o por una obligación de sociedad, muchos por amistad al capitán, no hay que dudarlo. Ya qué en la lista de los más queridos de la base estaba escrito con fuego su nombre.



Tras cada baile la pista se llenaba de alegría y romance, Martín y Carolina bailaban, y cada mano se unía suavemente como un regalo para el otro envueltas en un lazo de inseparable amor sellado en la eternidad con un anillo de piedras carmesí que destellaban a cada paso del muriente sol y la naciente noche; que no se hizo esperar y con ternura desconcertante pidió el capitán a Carolina que le acompañara para tomar un respiro y aliviar el mareo del licor, con paso lento y firme dejaron ir sus cuerpos del bullicio y el tumulto de la gente, que ni por un momento notó su ausencia.

La brisa de la noche era un somnoliento murmullo que endulzaba el ambiente con un aroma de jazmines y gardenias que se mezclaban con el olor a rosas secas de los arbustos mal cuidados de la orilla de la gran playa dorada que se hacía mágica con la luz de la luna y las estrellas, sintiéndose en goce Martín se funde con Carolina en un beso de ternura tal, que se podría pensar que él no era militar y ella no era la mujer fuerte que siempre había sido, cuánto había deseado ella que sus fuertes manos le tocaran, cuánto deseo él que ella pasara sus manos sobre su pecho desnudo, cuánto había esperado ella por besarle y sentir los suaves vellos en su rostro, y cuánto había soñado él por ser el fin de su santa virginidad.